

# En nuestro puesto

HOJA OBRERA para orgullo nuestro y satisfacción de sus favorecedores ha alcanzado el lugar que le corresponde.

El 21 de los corrientes cumplimos un año en la dirección de este semanario, nuestra labor ha sido desinteresada y ardua, pero hermosa y bella, como todo sacrificio por un ideal. De ello nos satisfacemos. Hemos sido el vocero defensor de la clase trabajadora, de los débiles, y jamás hemos tenido por qué callar, ni ante el grito aterrador de los grandes, ni ante la piltrafa de los magnates.

Como siempre, nos proponemos firmemente seguir nuestro sendero como lo marca el deber. Seremos los señaladores de toda falta social y no nos miraremos en nada para decir la verdad. Contamos con inteligentes colaboradores que nos ayudarán desinteresadamente en nuestra ardua tarea. Ellos, jóvenes entusiastas que ansían una sociedad regenerada, que sueñan con una patria redimida; pondrán su esfuerzo para nosotros.

HOJA OBRERA, como dijimos, está muy satisfecha de su labor; y por eso, no imagine algún mal intencionado que en la política fuéramos a desviarnos de nuestro puesto, como defensores de los derechos del pueblo.

Nuestra lucha, en la campaña política, será doctrinaria, de principios republicanos, tras un ideal, que es el de la prosperidad de nuestra Patria y bienestar de la clase proletaria. Nunca haremos campaña personalista en que se vean artículos injuriosos llevando bilis, ni la baba rastrea de la crítica injusta.

Con el transcurso del tiempo se calificarán mejor nuestros fines, nuestra constante labor, y nos darán la razón, viendo que HOJA OBRERA no ha dejado su puesto.

Esperamos solamente la buena voluntad de nuestros favorecedores para no desmayar.

## NUESTROS FINES

En la medida de nuestros alcances juzgamos las cosas con sinceridad y exponemos nuestras ideas. Soñamos con una regeneración social, con la cultura y progreso de la clase obrera, no para que de tiranizada se convierta en tirano sino para que sus condiciones de bienestar moral y material mejoren.

Todo el mundo trabaja por mejorar su condición, es cierto; pero adviértase que muchos, aunque no la mayoría, buscan saciar sus apetitos oprimiendo al trabajador arrellanados en el sillón del privilegio. Desearíamos dar muerte al privilegio y asentar una era de honradez y justicia en nuestra sociedad: todos considerándonos, todos bien tratados, la justicia igualmente repartida. Poco fiamos a la politiquería, o mejor dicho, nada fiamos a ella. De la política altamente comprendida y mejor inspirada sí esperamos regeneración.

El Centro Germinal, inspirado en semejantes si no los mismos

ideales crece vigoroso; y vemos nosotros con gusto esa escuela. Al mismo tiempo vemos con gusto, toda causa que el pueblo lleva sobre sus hombros para redimir al pueblo o cuando va buscando otros derroteros para el país, que son revoluciones de ideas, de administración, desbordamiento de energías nuevas que han de sustituir las viejas, si no por gastadas por corrompidas.

Nosotros no somos abstencionistas en la política del país. Que sí ciertamente ésta trae desengaños, también debe tenerse en cuenta que si se eligen bien los hombres mucho se ganará para la causa de la liberación. No es igual vernos oprimidos por un Nerón criollo, que ascender al gobierno hombres que devuelven al pueblo facultades, que dejan al hombre educarse en la libertad; y en vez de ocultarnos para hacer nuestra propaganda, el valle sea nuestra plaza y el aire se atruene con las ideas emancipadoras.

solcita en sus luctuosos cuidados con el pobre: que a veces hasta la Parca se vende, siempre que haya dinero para pagar una prórroga.

¿Qué es la revolución sino la ruina?  
¿Qué es la revolución sino el enérgico específico, inapropiado para el mal que se trata de curar?

¿Qué es la revolución sino el remedio que no pocas veces mata?

¿Es por ventura Francia más libre que Inglaterra?

No. Y Francia fué el teatro de la revolución por excelencia, el centro de donde partieron las libertades hasta llegar a la periferia del mundo civilizado.

Todavía al leer los discursos de Mirabeau; al recordar los represen-

tantes del pueblo francés reunidos en el salón de la Pelota para dar una constitución a Francia, al oír cantar la Marsellesa por un grupo de mujeres armadas con antorchas, y al ver que se desploma el Régimen antiguo, sentimos crisparse nuestros músculos y subir la sangre a nuestro rostro.

Pero también, cuando recordamos al pueblo enardecido llevando en la punta de una pica la cabeza del guardián de la Bastilla, nos da horror.

Nos da horror traer a la memoria los tormentos causados al Delfín por el zapatero Simón, y aun nos da frío el cadalso cuando Luis XVI y María Antonieta, los soberanos menos culpables de Francia, dejan en él sus cabezas, blancas más por el dolor que por los años.

La revolución es la muerte, y como tal, debe aplicarse solamente a las dolencias incurables. La revolución es la ruina, y solamente es permitida cuando sobre el terreno en que se va a construir se desea que no quede piedra sobre piedra del edificio antiguo.

Pero cuando tienen remedio las dolencias; cuando de los abuelos algo bueno podemos aportar al nuevo régimen y a las instituciones públicas que tiendan a la equidad y la justicia, más vale que evolucionemos.

No dió el Cristianismo en tiempos de Constantino el fruto que se propuso el Nazareno. No; ahora, en pleno siglo veinte, es cuando alejados de la intransigencia comenzamos a saborear la doctrina de la paz.

Evolucionemos, pues. Pero evolucionar no es cruzarse de brazos y ser testigo presencial de los hechos que constituyen la civilización.

Evolucionar no es poner en práctica la doctrina de *laissez faire, laissez passer*. Evolucionar es formar parte integrante del gran mecanismo del concierto mundial y llevar un grano de arena, por lo menos, para llenar los huecos del camino.

¿Qué es el gobierno en las repúblicas, sino el resultado de las mayorías?

Pero cuando por un culpable abstencionismo y por un mal entendido *dejad hacer, dejad pasar*, el gobierno no resulta la expresión genuina de la mayoría del pueblo, la república es mentira y la democracia no reclama como debe el honroso lugar que le corresponde en el mecanismo social.

La clase obrera es la mayoría abrumadora de todas las sociedades.

Si ella no toma parte en los debates políticos, peca por omisión, pues pudiendo remediar un mal no lo remedia.

La clase obrera, la más numerosa, la que tiene en sí, como ninguna el exponente genuino de la verdadera democracia, debe hacerse sentir.

¿Y cómo puede hacerse sentir si se cruza de brazos y permanece indiferente a la política y a la formación del gobierno de la sociedad en que vive?

Cuál es la manera de hacer efectivo el gobierno democrático, sino reclamando el obrero su representación en el gobierno? ¿Cuál es el medio de poner en práctica los ideales de un partido sino constituyendo el gobierno los miembros de ese partido?

El obrero no debe ser abstencionista. Al contrario: debe figurar ostensiblemente en la política y en el poder para llegar a la consecución de sus ideales, a la implantación de sus doctrinas, a la conquista del honroso puesto que le corresponde en las naciones.

La mayor parte del pueblo está con el PARTIDO REPUBLICANO porque es el partido de ideales y de empeños nobles que ha ido desde ha tiempo tras la conquista de la Tierra Santa en que se asientan nuestras libertades.

El PARTIDO REPUBLICANO ha ido en pos de la libertad, de la igualdad y la fraternidad y sólo en él ha tenido representación la democracia.

Es, por lo tanto, preciso que la clase obrera, la que siempre ha constituido ese gran PARTIDO, aporte su valioso contingente para llevar al solio Presidencial al ciudadano íntegro en quien el pueblo ha depositado su confianza.

Es preciso que la clase obrera se haga representar y tome su lugar en el gobierno a fin de que dé un paso más hacia adelante en el camino de sus libertades.

MAZARINO.

## Marciano Acosta

He aquí un nombre de persona modesta, de luchador en las lides de la inteligencia, y que sin embargo, no se ha separado del pueblo, para hacerle sentir sus triunfos. Marciano Acosta ha sido electo Magistrado suplente de la Corte de Justicia Centroamericana. Este merecido honor que aplaudimos se le tributa a una energía nueva, joven, franca, de quien la Patria espera mucho.

El Licenciado don Marciano Acosta es un convencido de la fe, y prueba su carácter, al no ocultarla en un tiempo de hipocrecías y en que se visten los trajes necesarios para representar la comedia de la vida. No importa que en ese orden de ideas el señor Acosta aparezca separado de nosotros, que su educación y su inteligencia saben siempre respetar los credos ajenos con la mayor cordura.

El nuevo Magistrado que se pone hoy ante el país llenaría en su ocasión dignamente su cargo. Su conducta, sus aspiraciones, sus letras, son bastante título para la honra que el Supremo Congreso le ha discernido.

La Cámara no cree que haya en el país sólo el circulito de hombres que desde hace treinta años, por derecho que se concedieron y a la fuerza mantuvieron, se privilegiaron a sí mismos concediéndose mutuamente preeminencias y honores.

## Para muchos

En las Repúblicas verdaderas los presidentes no dejan presidentes, los pueblos saben elegirlos; y los pueblos dignos jamás abdicar de ese derecho.

Los hombres que piden a los presidentes que leguen autoridad a los pueblos, son hombres que, o nacieron para tener tutores siempre o son serviles y menguados mangoneadores que no quieren perder las prebendas.

## El grano bendito

Pues el maíz? Riqueza del pobre, fuerza del trabajador constante, oh grano bendito, tú eres pan y vino para la clase más útil e infeliz del Nuevo Mundo. Tu gorda mazorca sería puesta en un altar como efigie de un santo, si los frutos de la naturaleza vinieran a ser adorados en nuevo figurantismo. Sin maíz, que es del campesino? ¿sin maíz, qué es del que

## Evolución y revolución

En el curso de la historia de la humanidad han alcanzado un éxito más formidable el trabajo, el genio y la perseverancia, que el horrisono tronar de los cañones y el fragor de los campos de batalla.

Allí donde la muerte ejerce su poderoso imperio, siempre hay un signo menos; y como dijo el poeta, *pallida mors equo pulsat pede*...

Sí, la muerte es la misma en todas partes; también penetra en la suntuosa morada del rico, como en la humilde cabaña del pobre.

Y... quizá no; quizá es ella más

## ¿Desigualdad en la prensa?

Sí, pero en la **Sastrería Gonzalo Artavia** nó, porque en esta sastrería se atiende con esmero y buena voluntad a todo el que la honre con su presencia.